

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le faltan para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layctana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 303

25 Cts.



**SANGRE
DE ARTISTA**

FOR
VIOLA DANA,
GEORGE O'HARA,
RALPH LEWIS,
etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 303

SANGRE DE ARTISTA

Comedia dramática de Arthur Guy Empey,
inspirada en la vida del circo.

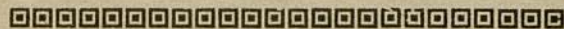
Creación de la célebre y bella artista **VIOLA DANA**
y del simpático actor **GEORGE O'HARA**.

EXCLUSIVA ESPECIAL

GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HELENA D'ALGY



SANGRE DE ARTISTA

Argumento de la película

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Barcelona

El gran circo Ranglin acababa de llegar a una gran ciudad, y pronto, ante las miradas curiosas de las gentes — siempre un poco infantiles — empezó a desplegar el abanico de sus maravillas: las habilidades del prestidigitador; los meneos de las bailarinas; la gracia de los clowns, la monstruosidad de los fenómenos más o menos auténticos; la amazona, el alambrista, las pesas...

Uno de los números fuertes del programa era "The Blandin", los famosos alambristas que ejecutaban su peligroso trabajo sobre una altura terrible.

Pedro Blandin, el director del número, pertenecía a una larga familia de artistas de circo que jamás habían dado un paso en falso, y

se sentía tan orgulloso de su nombre como si lo rodeasen blasones heráldicos.

Ahora, en el crepúsculo de su vida, cuando sus cabellos plateaban y sus piernas temblaban a veces, todas sus esperanzas de continuidad se concentraban en su hijo Roberto que pronto le sustituiría en el número.

De pie, sosteniéndose por un esfuerzo admirable de equilibrio, sobre los hombros del anciano, compartía los aplausos del público, Esther Sandoval, una huérfana del circo, a quien la "troupe" Blandin recogió de niña. Ahora en el corazón de su juventud, dos cariños ponían sus sonrisas; el cariño paternal de Pedro, el cariño de novio de Roberto.

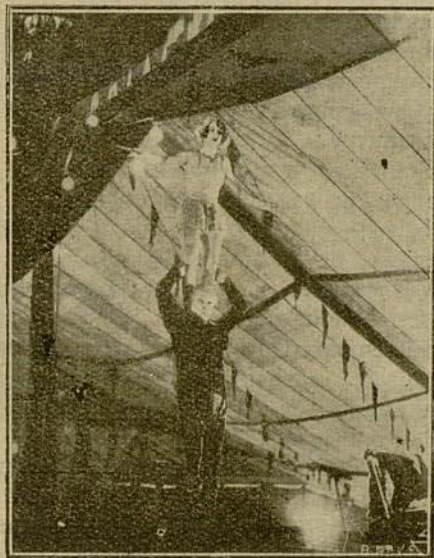
Aquella temporada, los negocios no eran muy prósperos, y para averiguar la causa y ponerle remedio estaba allí Jaime Harley, la mano derecha de Ranglin, hombre duro que de su diccionario particular había suprimido la palabra *compasión*.

Guillermo Barnet, el representante de la compañía, a su lado, escuchaba las manifestaciones del secretario de Ranglin, que decía, extendiendo su aguda mirada por los tendidos del circo un poco desanimados:

—La gente sigue retrayéndose... Algo flojo debe haber en el espectáculo, y hay que averiguarlo a toda costa.

El voceador anunciaba:

—Ahora, señoras y caballeros, mister Blandin va a realizar el trabajo más sensacional de su número.



...compartía los aplausos del público Esther Sandoval, una huérfana del circo...

En efecto, Pedro Blandin, manteniendo sobre sus hombros a Esther, atravesaba el espacio vacío, sobre el delgado alambre.

Ester agradecía la admiración del público con una sonrisa que temblaba de angustia entre sus labios; bajo sus piernas, había sentido la vacilación de su padre adoptivo...

Cuando descendieron del alambre, Roberto Blandin se reunió con Ester y la atrajo hacia él suavemente. Ester estaba sombría.

—¿Qué tienes? — interrogó el muchacho cariñosamente.

—Empiezo a sentir miedo por papá... Esta noche me ha parecido verle flaquear.

Roberto le estrechó las manos riéndose de los temores de su amada.

—Ves visiones, Ester... — la tranquilizó—. Papá está mejor que nunca.

—Sin embargo, Roberto, yo en tu caso, me daría prisa por ocupar su sitio... El pobre ya va estando en edad de descansar.

Roberto buscó la mirada de Ester:

—¿Te sentirías más segura conmigo? — quiso saber.

—Yo contigo me siento segura siempre... en el alambre y fuera del alambre — confesó ella dulcemente.

La llegada de otro alambrista interrumpió el idilio de los dos jóvenes. Era Santiago Ravelle, el mejor, el más extraordinario artista de circo que habían visto los siglos... según su propia opinión.

—Hoy has estado bien, Ester... Claro que

nunca tan bien como yo, pero bastante discreta.

Ester sonrió al cumplido, saludó a sus dos compañeros y se alejó.

Santiago la siguió un rato con la mirada. Para distraerle, Roberto preguntó:

—¿De modo que te ha gustado nuestro número?

El atleta se volvió desdeñosamente:

—No pluralices, muchacho — atajó—. Yo la elogí a ella, no a ti.

Un grito que vino de la pista, les interrumpió. Uno de los acróbatas que jugaban al trappecio, se había desprendido de las manos de su pareja y había caído aparatosamente en la red.

El público se había levantado asustado de sus asientos, y ahora aplaudía al artista que había salido de la red y reanudaba su trabajo.

Jaime Harley escupió su puro y exclamó, dando un codazo a Barnet:

—¡Ya sé ahora lo que quiere el público!... ¡Y a fe que voy a dárselo!

Barnet le miró sin comprender. Harley continuó:

—El público quiere emoción, peligro... Desde mañana, anunciaré el número de Blandin sin red.

Barnet replicó sorprendido:

—Pero si alguno tuviese la desgracia de caerse en esas condiciones, se mataría...

—¡Para eso cobran!... Si la fiera pide sangre, amigo Barnet, sangre hay que darle...

Barnet opuso todavía la resistencia de sus escrúpulos ante la bárbara decisión. Pero Harley concluyó, resuelto, implacable:

—Los hombres del circo no conocen el miedo; los aplausos los emborrachan... Se hará lo que yo digo desde la próxima función.

Entretanto, en los bastidores, Roberto Blandin había dejado violentamente la cortina que le descubría el espectáculo del público emocionado, entusiasmado por la caída del trapeceista, y rechinaba los dientes.

Santiago le preguntó burlescamente:

—¿Qué pasa? ¿Te asustan las caídas, muchacho?

—Lo que me asusta, lo que me irrita, es el público. Parece una manada de lobos aullando por sangre...

o o o

Más tarde, en su departamento, Roberto friccionaba con alcohol las piernas cansadas de su padre.

Pedro vió sobre sus músculos gastados y

viejos, la energía vibrante y nueva de los de su hijo. Retúvole la mano y dijo:

—Hijo mío, Roberto, yo ya no soy lo que era. Hace un momento, en el alambre, sentí que se me iba la cabeza...

Roberto le obligó a tenderse de nuevo:

—¡Aprensiones, papá!... Estás mejor que yo; lo único que necesitas es un poco de descanso.

Pero Pedro Blandin replicó:

—Ya voy siendo viejo, muchacho... Gracias a Dios te tengo a ti para impedir que se hunda en el olvido el nombre de Blandin.

o o o

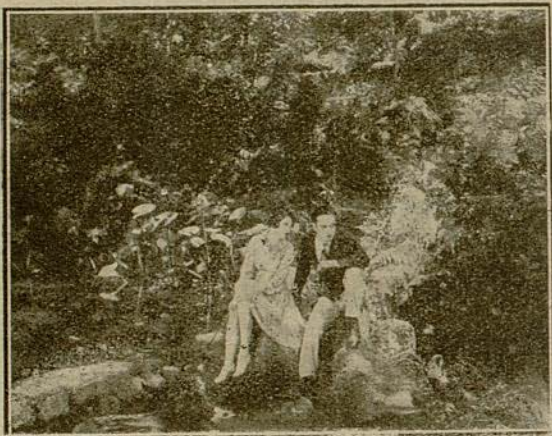
En las horas de descanso, el amor que unía sus almas, y sobre todo, el temperamento soñador de Roberto, llevaban a los dos jóvenes al marco grandioso de la naturaleza.

Todo a su alrededor exhalaba, en la hora suave del crepúsculo, la magia del amor. Roberto Blandin suspiró:

—Sería hermoso poder vivir en un rincón tan bello como este, sin acordarnos siquiera

de que el mundo seguía dando vueltas... ¿no es verdad, Ester?

Ester le estrechó la mano y repuso:



—Sería hermoso poder vivir en un rincón tan bello como este, sin acordarnos siquiera de que el mundo seguía dando vueltas...

—Pero nosotros pertenecemos al circo... Y son tan embriagadores los aplausos...

—Es verdad... los aplausos son la telaraña que nos aprisiona — reconoció él tristemente.

—Si fueses un Blandín verdadero, con san-

gre de artista, como tu padre, yo sería la mujer más feliz del mundo...

Roberto se volvió hacia su rostro, pero Ester se había escapado de su lado. Y le llamaba desde el bosque cercano. Roberto corrió hacia ella y logró alcanzarla bajo un naranjo... Cuando despertaron de su éxtasis se encontraron con los labios juntos y los cuerpos enlazados... Ester escondió la cabeza en el pecho querido y murmuró:

—¡Cuánto te quiero, Roberto!...

Volvieron lentamente a la ciudad. Faltaba una hora para empezar la función, y alrededor del palacio de lona hormigueaba un mundo extraño y monstruoso.

Frente a una tienda, Santiago Ravelle pavoneaba su estrafalaria facha delante de dos muchachas asombradas y provincianas.

El, muy ufano, declaraba:

—Señoritas, están ustedes hablando con el artista más eminente que hay bajo las estrellas... Sin mí, el Gran Circo Ranglin sería un humilde barracón de feria.

Dió una oronda chupada a su enorme puro y continuó:

—Han tenido ustedes suerte de tropezar conmigo. Si tropiezan con alguno de mis compañeros, lo menos que se llevan es una coza. Ahora, como hombre galante que soy, les daré

unas entradas para que puedan ustedes admirarme a su gusto.

Les dió un par de entradas con gesto cesáreo y añadió:

—Espérenme ustedes a la salida y cenaremos juntos; ustedes convidarán.

La bella Lulú, compañera de número de Ravelle, había llegado con su perrito al puesto de refrescos. Dejó a su animal al suelo, y éste no encontró cosa mejor que hacer que morderle la pierna al gran Ravelle, que se volvió furioso.

La bella oyó el ladrido de su favorito y exclamó horrorizada:

—¿Cómo es posible, Ravelle? ¿Te atreverías a pegarle a "Nerón"? ¡Guardias! ¡Policía!

Acudió gente y algunos agentes de la autoridad.

Ravelle se defendió:

—¡Ese animalucho sarnoso me ha pegado un mordisco en una pierna!

—¡Eso es una calumnia! — protestó la Lulú—. ¡A mi perro no le gusta la carne de cerdo!

Ajenos a las pequeñas comedias del público, los Blandin se preparaban para salir a emocionarlo.

En la pista, Jaime Harley releía satisfecho,

el periódico en que había hecho insertar la siguiente gacetilla:

Espectáculo emocionante. Se violan las leyes del equilibrio y de la gravitación. La "troupe" Blandin, el número más sensacional del mundo, realizará hoy su famoso trabajo SIN RED.

Luego comentó con Barnet, complacido, mirando la enorme afluencia de multitud que acudía al circo:

—¡Ya ve usted si tenía yo razón! En cuanto anuncié que no habría redes, el público se pega por entrar.

En los bastidores, ya preparados, Ester cogió la mano de Roberto, y exclamó, escuchando el ruido del gentío que iba invadiendo el local:

—¿Oyes ese rumor de la multitud? ¿No te entusiasma, no te hace vibrar los nervios?

Roberto callaba. Ester prosiguió, exaltada:

—Muy pronto serás tú quien me llevará sobre los hombros... y entonces los aplausos serán para nosotros dos.

Y entretanto, Barnet se presentaba a Jaime Harley comunicándole:

—Blandin acaba de decirme que no quiere salir sin red.

Harley, sobresaltado, enfurecido, corrió al

cuarto del artista. Roberto acababa también de llegar exclamando:

—¿Sabes que hoy nos han suprimido la red, Ester?

Pero Harley entraba.

—¿Qué significa eso de que no quiere usted salir a trabajar? — interrogó, dirigiéndose a Pedro Blandin.

El buen anciano que se hallaba tendido en su cama junto a su hija adoptiva, se incorporó ligeramente y observó:

—Piense usted que el alambre está a casi treinta metros de altura... Un solo paso en falso es la muerte segura para nosotros dos.

Harley tuvo una carcajada brutalmente irónica:

—¡Comprendo! Tiene usted miedo...

Pedro Blandin se levantó, erguido y digno:

—¡Los hombres de mi temple no conocen el miedo!... No es por mí por quien tiemblo, sino por Ester...

Harley replicó:

—Ester tampoco tiene miedo... Mi última palabra es esta, Blandin: o sale usted sin red, o suprimo su número.

—Es que hoy no me encuentro firme, señor Harley... pero no importa; mi hijo me sustituirá.

Pero Roberto Blandin se encaró enérgica-

mente con el desaprensivo empresario y declaró:

—Harley, si cree usted que voy a arriesgar la vida de esa muchacha para llenarle a usted los bolsillos, se equivoca.

Entonces Pedro Blandin intervino:

—Yo no puedo salir hoy, Roberto... Tú debes ocupar mi sitio.

Ester terció también:

—Yo no tengo miedo, Roberto, te lo aseguro... y sé que tú no lo tienes tampoco...

—No se trata ahora de miedo... ¡Pero yo no quiero arriesgar tu vida para divertir a la gente!

—¡Roberto, olvidas que eres un Blandin!— recordóle severamente su padre.

Pero Roberto concluyó:

—Por eso que soy un Blandin me niego a poner en peligro, a sabiendas, la vida de Ester.

Harley apremió:

—Estamos perdiendo un tiempo precioso... O sale usted sin la red, o se va a la calle.

—¡Pues no salgo sin la red! — decidió Roberto.

Y salió violentamente del departamento al tiempo que un mozo prevenía:

—¡“The Blandin”, preparados!

Harley estaba perplejo. Pero exclamó por fin:

—Acaba de ocurrírseme una cosa... Ravelle puede sustituir a Blandin; es un alambriero bastante regular... y sobre todo, no tiene miedo.

Salió y se lo comunicó al interesado, que aceptó inmediatamente y se trasladó al gabinete de "The Blandin".

—Nunca tuve a Harley por una lumbrera — dijo al entrar—, pero rectifico... Me manda aquí a sustituirle a usted, Blandin, y eso es una prueba de talento.

Nadie le contestó y él siguió declarando:

—Usted se cree, mister Blandin, que no hay en el mundo nadie capaz de hacer lo que hace usted, y yo voy a demostrarle lo contrario.

Estas palabras hirieron directamente la dignidad del viejo artista. Levantóse rápidamente de su cama, tomó su capa y encarándose con el imprudente fanfarrón, pronunció:

—¡En mi familia, familia de artistas punzoneros, no se tuvo nunca que buscar un sustituto!

Luego se volvió a su hija adoptiva y le pidió:

—¿Tú te confías a mí, Ester?

—¡Siempre, papá!

Pedro la abrazó emocionado, exclamando:

—¡Tú sí que tienes en las venas sangre de artista!

o o c

El voceador anunciaba a la muchedumbre apiñada en los asientos:

—Respetable público: "The Blandin" van a realizar su número peligroso, desafiando a la muerte...

Pedro Blandin y Ester, subidos a lo alto de la armazón, saludaban. Ester sentía en su mano temblar convulsivamente la mano fría de su padre adoptivo, cuyos ojos se hundían en el enorme vacío que se abría bajo ellos.

Abajo, el voceador proseguía:

—...Llamo la atención de ustedes sobre este trabajo emocionante... El alambre está a una altura de veinticinco metros y no hay debajo ninguna red.

Pedro se estremecía y vacilaba. Ester le interrogaba, angustiada:

—Papá, ¿estás seguro de que te encuentras bien?

—Sí, hija mía... Vamos...

Y mientras tanto, vestido ya y dispuesto a dejar el circo para siempre, Roberto iba al encuentro de su novia y de su padre, con



*—¡En mi familia, familia de artistas pun-
donorosos, no se tuvo nunca que buscar un
sustituto!*

quienes esperaba marcharse. Pero no pudo hallarlos.

Sobre la pista, ante la ansiedad y la expectación de millares de ojos, Pedro Blandin atravesaba el espacio, sobre el alambre, llevando sobre sus hombros a Ester.

Roberto fué atraído también a los bastidores desde donde los ojos de todo el personal del circo se elevaban hacia los dos intrépidos acróbatas.

Alguien informó:

—Es tu padre, que está en el alambre...

—¡Mi padre! — se asombró Roberto.

Y todo su ser se concentró en la mirada de suprema angustia con que siguió los pasos lentos, vacilantes que el artista daba sobre el alambre.

Pedro Blandin marchaba con los ojos velados por el vértigo. Se tambaleó.

Un grito terrible, de terror, estremeció el circo. Roberto volvió la cabeza tapándose los ojos.

Pedro Blandin había resbalado y caído al abismo. Ester había podido asirse a las cuerdas de la armazón, y ahora sacaba fuerzas de su desesperación y de su inmenso dolor, retrocediendo por el alambre fatal.

Todo el mundo se precipitó sobre el infortunado alambrista que yacía exánime sobre la pista.

Media hora más tarde, en el departamento de los Blandin, el médico manifestaba a Ester, después de haber reconocido a su padre adoptivo:

—Nunca más podrá volver a trabajar... Y es un milagro que no se haya matado.

Roberto se irguió ante la terrible sentencia, y viendo a Harley en medio de la habitación, se dirigió a él con los puños cerrados, rugiendo:

—¡Usted, canalla... usted es el culpable de esto!

Harley repuso sarcásticamente:

—¡Y te atreves a hablar, miserable!... ¡Si no fueras un cobarde, este accidente no hubiera ocurrido!

Roberto bajó la cabeza y corrió al lado de su padre. Tomóle las manos que regó con sus lágrimas e imploró:

—Papá, yo creía que el número no actuaría hoy... te lo juro... ¿verdad que tú no me crees un cobarde?...

Pedro Blandin entreabrió los ojos y contestó volviendo la cabeza:

—El número actuó, pero tú no... Mejor para ti...

En lo más íntimo de su conciencia leía Roberto que él no era responsable de aquella desgracia, que él hubiera dañado con gusto la vida para evitarla... Pero todo lo condenaba...

Como un refugio supremo, recurrió a la comprensión de Ester:

—¿Tú me crees, verdad, Ester?... ¿Tú estás convencida, como yo, de mi inocencia?

Ester no respondió, y retiró la mano que Roberto le tenía cogida.

El sintió que todo había terminado para él; que con la pierna de su padre se había roto también su vida. Y salió del departamento.

A los ojos del mundo, él era un cobarde, un desertor... La dura ley del circo no perdonaba ese delito; el que lo cometía no tenía



El sintió que todo había terminado para él...

más remedio que huir, para librarse del desprecio general...

Todos le volvieron la espalda, y Roberto sintió que el mundo entero le gritaba: "¡Cobarde!"

o o o

El circo, indiferente a aquellos dramas minúsculos que se desarrollaban en su seno de gigante, siguió su destino andariego...

En los grandes vagones de Ranglin, vió primero Roberto instalar la camilla de su padre, luego subir a su adorada Ester. Después el tren emprendió la marcha, y él se quedó solo y abandonado en aquella ciudad pequeña y desconocida.

El circo Ranglin se detuvo en una ciudad cualquiera. Se acercaba abril y con él la fecha de la renovación de contratos.

Jaime Harley llamó a su despacho a Santiago Ravelle y le manifestó:

—Mañana firmaremos su nuevo contrato, Ravelle.

El presumido se arrellanó en el sillón y dijo:

—Ahora, Ranglin, puede tener el éxito por descontado... Le felicito a él... y a usted también. Poco he de poder, si esta temporada no soy la primera estrella de la compañía.

Y en aquellos momentos, en un hotel de la ciudad, Pedro Blandin, el pobre inválido, soñaba con el estallido de los aplausos, la brillantez de las noches de triunfo.

El médico, al despedirse, consoló su abatimiento:

—No tiene usted por qué quejarse, Blandin... Está usted mucho mejor...

El antiguo héroe del circo sonrió amargamente:

—¿Qué me importa estar mejor si nunca podré volver a trabajar, doctor? ¡Es terrible! Ni siquiera me queda el consuelo de saber que mi nombre continuará...

—¿No sabe usted nada de su hijo? — preguntó entonces el médico.

Pedro Blandin protestó:

—¡Yo no tengo hijo! ¡Un cobarde no puede ser hijo mío!

Y entretanto, Roberto, convertido en un mísero despojo humano seguía tras el circo a todas partes, encadenado por el amor y el remordimiento. Desde lejos veía siempre a la mujer amada; pero jamás era visto por ella.

Ravelle la acompañaba ahora asiduamente, y le decía una tarde:

—¿Por qué sigues pensando en el chico de Blandin, cuando puedes pescarme a mí?

—Déjame olvidarle completamente, Santiago — murmuró ella.

En su cuarto, postrado en su terrible silla de enfermo, Pedro Blandin leía en un periódico:

El número de alambristas "The Blandin" no figurará en el programa de esta temporada del circo Ranglin. Pedro Blandin está todavía imposibilitado para trabajar de resultas de la caída, y su hijo Roberto ha desaparecido, sin que nadie pueda dar razón de su paradero.

Ravelle entró en la habitación y se tendió magníficamente encima de la cama.

—¡Al fin Harley me firmó el contrato! — exclamó—. Se puso tan contento que hasta hizo las paces con su mujer... En cuanto yo aparezca con Ester en el alambre, el público se levanta de sus asientos... y no para irse...; no vaya usted a creer. Verá, le leeré el contrato.

Pedro Blandin oyó: "...y en adelante, el número será conocido y anunciado con el nombre de Ravelle y Sandoval", y observó:

—¡Pero han quitado el nombre de Blandin! Ravelle repuso:

—¿Es que yo no tengo mi nombre? Ya he sido sustituto bastante tiempo; ahora yo soy la cabeza del número.

—Ravelle — suplicó el anciano—. No me

quite usted lo único que me queda... Se lo pido en nombre de la amistad, del compañerismo... renuncie usted a esas ventajas que le da el contrato...

—¡Eso ni pensarlo! Además, ¿para qué quiere usted su nombre si usted ya está fuera de combate y su hijo no puede darle brillo, porque es un cobarde?

Pedro Blandin se levantó y exclamó:

—¡Basta! ¡El único que puede censurar a mi hijo soy yo!

Ester, desde la habitación inmediata oyó la voz de su padre adoptivo y fué a reunirse con él.

—Santiago — dijo—. De ahora en adelante trabajarás tú solo. Yo no quiero figurar en tu número.

Pero Pedro intervino:

—¡No, eso no, Ester!... ¡Renunciar al contrato de Ranglin sería arruinar su porvenir! El número de Blandin ha muerto... Ahora es el de Ravelle y Sandoval el que debe triunfar.

Y cayó de nuevo, vencido, sobre su silla de inválido. Apoyó la cabeza entre los brazos de Ester y se adormeció.

Santiago Ravelle se dispuso a irse. Ester le recomendó silencio y acercándose a él, dijo:

—Santiago, ¿si me caso contigo, me concederás un favor?

Ravelle creyó comprender y exclamó iluminado de júbilo:

—¿Qué quieres decir?... ¿Te casarás conmigo si pongo a mi número el nombre de Blandin?

— Sí...

Pedro Blandin lo había oído todo. Levantóse de la silla y fué hacia Ester, trastornado, mudo de emoción y de alegría, tendiéndole los brazos

Ester, nerviosa, se desasíó del abrazo de su padre y dijo:

—Vamos ahora al ensayo, Santiago; nos estarán esperando.

Y sola en su cuarto, lloró amargamente por el sublime sacrificio de su juventud.

o o o

La fecha de apertura del circo se acercaba y los artistas ensayaban febrilmente.

De pronto, un mozo llegó al estudio gritando:

—¡Hay fuego en la ciudad!

Todos salieron al exterior. En efecto, un vívido resplandor enrojecido emanaba de la ciudad.

Harley notificó:

—Acaban de telefonarme que es en su hotel, Ester...

Ester creyó desvanecerse:

—¡Y papá está allí!... ¡Y casi no puede moverse sin ayuda!

En un *auto* ella y Ravelle volaron hacia la ciudad. Pero cuando llegaron, ya el jefe de bomberos ordenaba ante el hotel completamente consumido por el fuego:

—¡Retiren las escaleras! ¡Todo el mundo está ya fuera!

Ester protestó, desesperada:

—¡Déjeme usted pasar, por favor!... ¡Mi padre está dentro!

En el hotel incendiado, Pedro Blandin, per-



—...¿Te casarás conmigo si pongo a mi número el nombre de Blandin?

seguido por las llamas, había podido ganar el terrado, pero sus tremendos esfuerzos iban a ser inútiles, porque nadie conocía su presencia allí y la casa iba a hundirse de un instante a otro.

Pero de pronto, al grito supremo de Ester, un hombre hendió la barrera de policías, como un loco, mirando al terrado donde acababa de descubrir a su padre.

El oficial de bomberos intentó detenerle pero él insistió:

—¡Déjeme usted!... ¡Es mi padre, ¿comprende? es mi padre y tengo que salvarle!...

—¡Imposible! Las paredes van a caer de un momento a otro.

Pero el joven se había escapado ya y se encaramaba por un poste de telégrafos.

—¡Es Roberto... es Roberto! — gritó Ester, desfalleciente.

Y Roberto, pasando, sobre la angustiosa admiración de todos los ojos, el peligrosísimo alambre del telégrafo que penetraba en las crepitantes paredes del hotel, se apoderó de su padre, y con él a cuestas pasó de nuevo la horrible y vacilante maroma de cien metros de altura sobre la calle.

Descendieron. Todo el mundo les rodeó. El anciano sólo tuvo fuerzas para balbucir:

—Ha sido Roberto quien me ha salvado... Ya sabía yo... que mi hijo no era un cobarde...

Y Ester y Roberto se juntaron de nuevo, y al resplandor del incendio fulguró su amor, deslumbrante y magnífico.

Ravelle, asombradísimo y conmovido estrechó la mano del héroe:

—¡ Bien, muchacho, bien!... Comprendo que vienes a estropearme todas mis combinaciones... pero te felicito, ¡qué caramba!



Ester vió realizado su sueño dorado de compartir la gloria de su marido...

o o o

Y abrió sus puertas el circo Ranglin y otra vez los Blandin fueron el número saliente del programa.

Ester vió realizado su sueño dorado de compartir la gloria de Roberto, su marido, sobre sus hombros, mientras Pedro Blandin, emocionado, unía sus aplausos a las ovaciones diarias de la muchedumbre.

Y Santiago Ravelle declaraba, palmoteándole cariñosamente la espalda al inválido:

—Nada tengo que decir, amigo... Los muchachos pueden hacer ese trabajo casi tan bien como yo...

FIN

Próximo número EXTRAORDINARIO
Viernes, día 23

La preciosa novela

UN DON JUAN

Interpretado por Lya de Putty, José Schildkraut
y Robert Edeson

Selección PRO-DIS-CO

64 páginas de texto Portada a bicolor
12 interesantes ilustraciones

Precio con postal-regalo: 50 cénts.

Compre usted esta novela el mismo
viernes, día 23

Obtiene un gran éxito el último libro
publicado por EDICIONES ESPECIALES

LA MUJER DESNUDA

Ha aparecido en la
COLECCION DE NOVELAS SENTIMENTALES

LA QUE ENCADENÓ AL AMOR

por Milagros de Rodil de Alba,
y aparecerá en breve

LA VIDA NO ES NUESTRA
de Enrique Lluellas. PRECIO: 1.50 PTS.

¿Conoce usted ya la nueva colección de
Ediciones BISTAGNE, en catalán,
titulada "EL NOSTRE COR"?

Ha salido el primer número:

AMOROSA

cuya aceptación ha sido calurosa y
unánime.

PRECIO POPULAR: 1 PESETA

PRONTO EL ALMANAQUE DE
La Novela Semanal Cinematográfica
para 1928